

Luis Manuel Ruiz

Sesión continua

VII PREMIO IBEROAMERICANO DE RELATOS «CORTES DE CÁDIZ»

C colección
CALEMBÉ



algaida



Un jurado presidido por Antonio Castillo Román, y compuesto por Ronaldo Menéndez, Clara Obligado, Alejandro Luque, José María García Gil, Miguel Ángel Matellanes y Carmen Montes Gómez concedió a la obra *Sesión continua*, de Luis Manuel Ruiz, el VII Premio Iberoamericano de Relatos «Cortes de Cádiz», patrocinado por la Fundación Municipal de Cultura del Ayuntamiento de Cádiz.

La colección Calembé es una iniciativa de la Fundación Municipal de Cultura del Excmo. Ayuntamiento de Cádiz y se publica en coedición con Algaida Editores.

Director de la colección: José Manuel García Gil

© Luis Manuel Ruiz, 2009

© Algaida Editores, 2010

Avda. San Francisco Javier, 22

41018 Sevilla

Teléfono 95 465 23 11. Telefax 95 465 62 54

e-mail: algaida@algaida.es

Composición: Grupo Anaya

ISBN: 978-84-9877-456-6

Depósito legal: M-xxxxxx-2010

Impresión: Huertas I. G. (Madrid)

Impreso en España - Printed in Spain

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

EL CASO LAGOS

NO SE LE PUEDE PEDIR A UN MÉDICO QUE RECUERDE, después de cuarenta años de carrera, los nombres, la dolencia y el rostro de todos los desconocidos que han circulado por su consulta, pero es cierto que por una azarosa combinación de motivos (cierta tendencia de la meteorología, la frescura de algunas neuronas, tal vez que el día de la primera visita coincidía con una fecha impar, o par, o capicúa, u otra coincidencia aritmética) hay casos que han quedado enquistados en la memoria, que siguen aposentados en un rinconcito del cráneo en el que vuelven a aparecer cuando uno trata de rememorar su juventud o sus desengaños y se limpia el polvo por dentro. En resumen y para no aburrir a nadie, sí, es cierto que me acuerdo de Sebastián Lagos. Y eso que no formaba parte de los primeros expedientes que me llegaron, los primeros que me confió el director del Hospital Este cuando me hice cargo de la sección de psiquiatría con solo veintiocho flamantes añitos; tampoco coincidió su tratamiento con ninguna de las

grandes cumbres u hondonadas que me ha deparado la vida, como el nombramiento honoris causa por la Universidad del Miskatonic o el suicidio de Ángela; no había nada especial en Lagos, no había ninguna mancha especial en mi alma de entonces que escuchaba a Lagos para que retenga de un modo tan nítido, tan inmediato, las facciones de su cara, sus ademanes, y la manera entre resignada y divertida que tenía de enfrentarse a su mal. Bien, no sé si debería llamarse mal en sentido estricto, porque su enfermedad, aunque con toda propiedad había de englobarse dentro del campo de desarreglos psíquicos a cuyo tratamiento yo he dedicado cuatro décadas de carrera (¡cómo pasa el tiempo!), solo toleraba ese calificativo en un sentido negativo, por exclusión, por pura reducción, a falta de un término más apropiado y menos alarmista.

En principio, lo único que cabía diagnosticar a Sebastián Lagos, un chico pacífico y dócil, que tenía un nido de cabello revuelto encima de la coronilla y dos brazos que parecían jirones arrancados a la camisa, era un rutinario Mal de Badminton; los síntomas resultaban reconocibles a primera vista y cualquier estudiante podría haberlos identificado con solo indagar en un manual: tendencia a comer la sopa con tenedor e incapacidad de realizar lazos en los zapatos del pie izquierdo. Al principio, atendí a Lagos en mi consulta externa, en aquella agradable habitación del

Hospital Este que daba al jardín del geriátrico, en cuyo césped los ancianos impacientaban a la muerte retrasando más y más, con excusas tontas, ese último trámite médico. Lagos se sentaba frente al escritorio y miraba los ángulos del techo, distrayéndose con la aviación de las moscas y fijando a veces unos ojos ensoñados en los diagramas que decoraban la pared con la explicación pormenorizada del avance de un cáncer de pulmón.

Un día me dijo que le gustaba mucho leer; que leía en la cama, en el metro, en la bañera, que mientras comía apoyaba el lomo del libro en el pan cortado, que leía andando por la calle hasta que un encuentro con otro viandante le quitaba las páginas de las manos. Sus padres, preocupados, advirtiéndole que escatimaba horas al sueño y que el recibo de la luz podía depararles una sorpresa desagradable, decidieron pasar a la acción y, aprovechando que Sebastián pasaba el día fuera visitando la biblioteca municipal, expurgaron la casa y arrojaron todos los libros a la basura. Aquella, me contaba el pobre Lagos dibujando con las cejas una especie de puente levadizo, fue una noche muy dura: aprisionado en la cama, sudando sin parar, con una cruel punzada taladrándole el centro del pecho, sentía que había perdido algo, que algo acababa de resbalarle entre los dedos como la arena de un reloj roto, que acababa de amanecer y él había extraviado las imágenes del sueño bajo cuyo techo lo

había aprendido todo, lo había tenido todo. Mis padres creyeron que eliminando los libros conseguirían que yo dejase de leer, explicó Lagos en mi consulta muy coherentemente, pero se equivocaban. Y dicho esto, para distraerse, se miraba las líneas de las manos, allí donde parecen la estela de un barco que se adentra en alta mar.

Escribe Descartes que en cierto momento de su juventud resolvió dejar de lado los libros de los clásicos para volverse hacia ese otro libro mayor y más prolijo, que es el mundo. Émulo de Descartes sin saberlo (o tal vez sí), Sebastián Lagos también comenzó a leer el mundo. Se sentaba en el salón de su casa y leía las vetas del mármol en las baldosas del suelo; acudía a la cocina y leía las burbujas del agua que hervía; estudiaba el camino de las cucarachas bajo la encimera, la progresión de la luz en los postigos; si estaba a solas leía sus manos como yo le había visto hacer en mi despacho, o la disposición de los poros sobre la piel, o la media luna pálida que despunta sobre las uñas. En la calle, podía demorarse horas y horas frente a un alcornoque o un limonero, tratando de interpretar las complicadas signaturas que contenían el tronco y las hojas. Las manchas de aceite en la calzada, los agujeros en las aceras, la dirección del viento, la sucesión de ventanas azules, el hecho de cruzarse con cuatro personas sucesivas que vestían corbatas con rombos: todo podía descifrarse, todo

ocultaba un significado que si el lector era paciente y atinaba con las leyes de la gramática y el sentido, podía reconstruir. Y el joven Lagos, que disponía de todo el tiempo del mundo, invertía sus insomnios de cada noche en ensamblar piezas, en yuxtaponer pedazos, en formar figuras de paisajes, ciudades y personas remotas juntando los desechos que recogía cada día en la calle.

Antes he citado a Descartes, y a continuación, para que entiendan que se encuentran delante de una persona culta, quiero copiar una frase de Sir Thomas Browne, también él médico, que tal vez haga algo de luz sobre la conducta de Lagos: «El dedo de Dios ha dejado una inscripción en todas sus obras, inscripción que no es gráfica ni está compuesta de letras, sino de esas diferentes formas, disposición, partes y operaciones que, adecuadamente unidas, producen una palabra que expresa su naturaleza». Es decir, que un lector avezado, un lector instruido en las reglas de las cosas, podría reconocer el significado de cada ser, la intención única y profunda que se esconde detrás de cada individuo, la idea matriz y nuclear de que cada objeto es representante con solo dedicarle una mirada. Un lector adiestrado entendería que el mundo consiste en un conjunto de ideogramas, como un poema chino, y que bastaría con acertar con el sentido de cada signo para apreciar la composición completa. Ese lector ideal era Lagos, por supuesto que lo era.

Que nadie me pregunte por las causas porque tampoco yo puedo ofrecerlas, pero un día Lagos se encontró en la calle, junto a una alcantarilla, una moneda austriaca de dos euros a las cuatro y veintitrés minutos de la tarde con un suave viento de tramontana soplando desde el noreste: comprendiendo súbitamente, corrió hasta la floristería más cercana, compró un ramo de siemprevivas y se las obsequió a un vendedor de cupones, que comenzó a reír como si tuviera una hucha dentro de los pulmones. En otra ocasión, encontró que en la página treinta y tres de un periódico nacional se había cometido una errata, al figurar *candado* por *cantado*, en medio de una mañana de lluvia torrencial en que los paraguas sacaban a sus amos de paseo; luego de apresurarse hasta la estafeta de correos y poner un telegrama a Reykiavik con la orden *Dejen de rascarse las muñecas*, comentó muy aliviado: «Acabo de salvar a los habitantes de Sumatra de una guerra termonuclear». Y tal vez así fuera. Con el fin de solventar epidemias, catástrofes o conflagraciones a traición que había visto insinuarse en la caída de una hoja o el estornudo de un diabético, Sebastián Lagos pasaba todo el día saltando de acá para allá, cumpliendo los recados más insólitos, convertido en el competidor del destino. Ahora me doy cuenta de que quizá se había echado una tarea demasiado voluminosa sobre las espaldas.

Un martes en que llegó más melancólico de la cuenta a mi consulta, Lagos me preguntó, mediante

una serie de alambicados circunloquios, si yo conocía el precio exacto de un bolígrafo. Y era cierto que no lo conocía, pero para darle el gusto respondí que un euro, o menos, dependiendo de la clase de bolígrafo. Después de un silencio, él me miró con unos ojos que hubieran servido para colgar cuadros en una pared y replicó, gélido: «Me refiero al precio auténtico, a su valor en vidas humanas, en gestos, en palabras, en fenómenos astronómicos. ¿No se le ha ocurrido pensar que un bolígrafo a veces puede exigir un terremoto en el hemisferio sur de Neptuno?». Pues no, le dije que no, y además, a mí que me importaba Neptuno, ya Alcobendas me coge demasiado lejos. Antes de marcharse, me hizo otra pregunta no menos capciosa: quiso saber si yo me dejaría cortar un dedo para que el próximo Premio Nobel de Física llegara a enterarse de que en una ecuación debía multiplicar x en vez de dividir y . Yo respondí que el Premio Nobel estaba vendido, como todos los demás, y que podían dárselo a aquel tipo del que él hablaba como a cualquier otro. Fue la última vez que lo vi, antes de que también él se suicidara dejándose caer desde un poste eléctrico situado sobre la confluencia de dos vías de tren que atravesaba una senda pecuaria, amenazada de expropiación por el ayuntamiento de la localidad. A veces creo reconocer sus motivos en el canto de un jilguero o el estallido del corcho al abrirse una botella de cava. Otras pienso que Lagos murió para que yo siguiera

viviendo o para que escribiera esta crónica estúpida,
y entonces sufro dispepsia y tengo que dejar la mesa
para abrir el botiquín y pensar que mañana sin falta
habría que cambiar la bombona de butano.